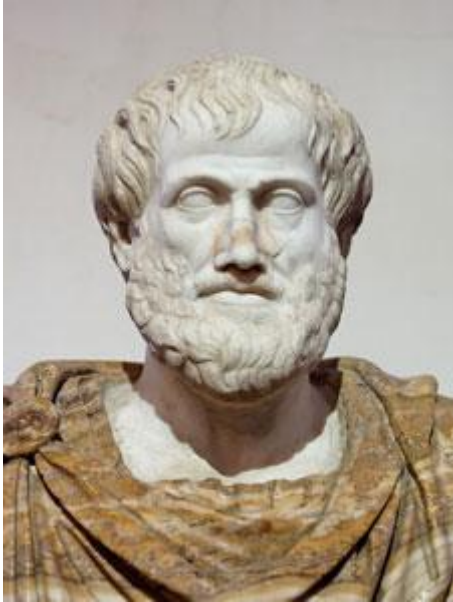


## TEXTOS

**ARISTÓTELES (384-322 a.C.)**

***METAFÍSICA. LIBRO I***



Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber. El placer que nos causan las percepciones de nuestros sentidos es una prueba de esta verdad. Nos agradan por sí mismas, independientemente de su utilidad, sobre todo las de la vista. En efecto, no sólo cuando tenemos intención de obrar, sino hasta cuando ningún objeto práctico nos proponemos, preferimos, por decirlo así, el conocimiento visible a todos los demás conocimientos que nos dan los demás sentidos. Y la razón es que la vista, mejor que los otros sentidos, nos da a conocer los objetos, y nos descubre entre ellos gran número de diferencias.

Los animales reciben de la naturaleza la facultad de conocer por los sentidos. Pero este conocimiento en unos no produce la memoria; al paso que en otros la produce. Y así los primeros son simplemente inteligentes; y los otros son más capaces de aprender que los que no tienen la facultad de acordarse. La inteligencia, sin la capacidad de aprender, es patrimonio de los que no tienen la facultad de percibir los sonidos, por ejemplo, la abeja y los demás animales que puedan hallarse en el mismo caso. La capacidad de aprender se encuentra en todos aquellos que reúnen a la memoria el sentido del oído. Mientras que los demás animales viven reducidos a las impresiones sensibles o a los recuerdos, y apenas se elevan a la experiencia, el género humano tiene, para conducirse, el arte y el razonamiento.

En los hombres la experiencia proviene de la memoria. En efecto, muchos recuerdos de una misma cosa constituyen una experiencia. Pero la experiencia al parecer se asimila casi a la ciencia y al arte. Por la experiencia, progresan la ciencia y el arte en el hombre. La experiencia, dice Polus, y con razón, ha creado el arte; la inexperiencia marcha a la aventura. El arte comienza, cuando de un gran número de nociones suministradas por la experiencia, se forma una sola concepción general que se aplica a todos los casos semejantes. Saber que tal remedio ha curado a Calias atacado de tal enfermedad, que ha producido el mismo efecto en Sócrates y en muchos otros tomados individualmente, constituye la experiencia; pero saber, que tal remedio ha curado toda clase de enfermos atacados de cierta enfermedad; los flemáticos, por ejemplo, los biliosos o los calenturientos, es arte. En la práctica la experiencia no parece diferir del arte, y se observa que hasta los mismos que sólo tienen experiencia consiguen mejor su objeto que los que poseen la teoría sin la experiencia. Esto consiste en que la experiencia es el conocimiento de las cosas particulares, y el arte, por lo contrario, el de lo general. Ahora bien, todos los actos, todos los hechos se dan en lo particular. Porque no es al hombre al que cura el médico, sino accidentalmente, y sí a Calias o Sócrates o a cualquier otro individuo que resulte pertenecer al género humano.

Luego si alguno posee la teoría sin la experiencia, y conociendo lo general ignora lo particular en él contenido, errará muchas veces en el tratamiento de la enfermedad. En efecto, lo que se trata de curar es al individuo. Sin embargo, el conocimiento y la inteligencia, según la opinión común, son más bien patrimonio del arte que de la experiencia, y los hombres de arte pasan por ser más sabios que los hombres de experiencia, porque la sabiduría está en todos los hombres en razón de su saber. El motivo de esto es que los unos conocen la causa, y los otros la ignoran.

En efecto, los hombres de experiencia saben bien que tal cosa existe, pero no saben por qué existe; los hombres de arte, por lo contrario, conocen el porqué y la causa. Y así afirmamos verdaderamente que los directores de obras, cualquiera que sea el trabajo de que se trate, tienen más derecho a nuestro respeto que los simples operarios; tienen más conocimiento y son más sabios, porque saben las causas de lo que se hace; mientras que los operarios se parecen a esos seres inanimados que obran, pero sin conciencia de su acción, como el fue-

go, por ejemplo, que quema sin saberlo. En los seres inanimados una naturaleza particular es la que produce cada una de estas acciones; en los operarios es el hábito. La superioridad de los jefes sobre los operarios no se debe a su habilidad práctica, sino al hecho de poseer la teoría y conocer las causas. Añádase a esto, que el carácter principal de la ciencia consiste en poder ser transmitida por la enseñanza. Y así, según la opinión común, el arte, más que la experiencia, es ciencia; porque los hombres de arte pueden enseñar, y los hombres de experiencia no.

Por otra parte, ninguna de las acciones sensibles constituye a nuestros ojos el verdadero saber, bien que sean el fundamento del conocimiento de las cosas particulares; pero no nos dicen el porqué de nada; por ejemplo, nos hacen ver que el fuego es caliente, pero sólo que es caliente.

No sin razón el primero que inventó un arte cualquiera, por encima de las nociones vulgares de los sentidos, fue admirado por los hombres, no sólo a causa de la utilidad de sus descubrimientos, sino a causa de su ciencia, y porque era superior a los demás. Las artes se multiplicaron, aplicándose las unas a las necesidades, las otras a los placeres de la vida; pero siempre los inventores de que se trata fueron mirados como superiores a los de todas las demás, porque su ciencia no tenía la utilidad por fin. Todas las artes de que hablamos estaban inventadas, cuando se descubrieron estas ciencias que no se aplican ni a los placeres ni a las necesidades de la vida. Nacieron primero en aquellos puntos donde los hombres gozaban de reposo. Las matemáticas fueron inventadas en Egipto, porque en este país se dejaba un gran solaz a la casta de los sacerdotes.

Hemos asentado en la Moral la diferencia que hay entre el arte, la ciencia y los demás conocimientos. Todo lo que sobre este punto nos proponemos decir ahora, es que la ciencia que se llama Filosofía es, según la idea que generalmente se tiene de ella, el estudio de las primeras causas y de los principios.

Por consiguiente, como acabamos de decir, el hombre de experiencia parece ser más sabio que el que sólo tiene conocimientos sensibles, cualesquiera que ellos sean; el hombre de arte lo es más que el hombre de experiencia; el operario es sobrepujado por el director del trabajo, y la especulación es superior a la práctica. Es, por tanto, evi-

dente que la Filosofía es una ciencia que se ocupa de ciertas causas y de ciertos principios.

Puesto que esta ciencia es el objeto de nuestras indagaciones, examinemos de qué causas y de qué principios se ocupa la filosofía como ciencia; cuestión que se aclarará mucho mejor si se examinan las diversas ideas que nos formamos del filósofo. Por de pronto concebimos al filósofo principalmente como concededor del conjunto de las cosas, en cuanto es posible, pero sin tener la ciencia de cada una de ellas en particular. En seguida, el que puede llegar al conocimiento de las cosas arduas, aquellas a las que no se llega sino venciendo graves dificultades, ¿no le llamaremos filósofo? En efecto, conocer por los sentidos es una facultad común a todos, y un conocimiento que se adquiere sin esfuerzos no tiene nada de filosófico. Por último, el que tiene las nociones más rigurosas de las causas, y que mejor enseña estas nociones, es más filósofo que todos los demás en todas las ciencias. Y entre las ciencias, aquella que se busca por sí misma, sólo por el ansia de saber, es más filosófica que la que se estudia por sus resultados; así como la que domina a las demás es más filosófica que la que está subordinada a cualquiera otra. No, el filósofo no debe recibir leyes, y sí darlas; ni es preciso que obedezca a otro, sino que debe obedecerle el que sea menos filósofo.

Tales son, en suma, los modos que tenemos de concebir la filosofía y los filósofos. Ahora bien; el filósofo, que posee perfectamente la ciencia de lo general, tiene por necesidad la ciencia de todas las cosas, porque un hombre de tales circunstancias sabe en cierta manera todo lo que se encuentra comprendido bajo lo general. Pero puede decirse también, que es muy difícil al hombre llegar a los conocimientos más generales; como que las cosas que son objeto de ellos están mucho más lejos del alcance de los sentidos.

Entre todas las ciencias, son las más rigurosas las que son más ciencias de principios; las que recaen sobre un pequeño número de principios son más rigurosas que aquellas cuyo objeto es múltiple; la aritmética, por ejemplo, es más rigurosa que la geometría. La ciencia que estudia las causas es la que puede enseñar mejor; porque los que explican las causas de cada cosa son los que verdaderamente enseñan. Por último, conocer y saber con el solo objeto de saber y conocer, tal es por excelencia el carácter de la ciencia de lo más científico que existe. El que quiera estudiar una ciencia por sí misma,

escogerá entre todas la que sea más ciencia, puesto que esta ciencia es la ciencia de lo que hay de más científico. Lo más científico que existe lo constituyen los principios y las causas. Por su medio conocemos las demás cosas, y no conocemos aquéllos por las demás cosas. Porque la ciencia soberana, la ciencia superior a toda ciencia subordinada, es aquella que conoce el por qué debe hacerse cada cosa. Y este por qué es el bien de cada ser, que, tomado en general, es lo mejor en todo el conjunto de los seres.

De todo lo que acabamos de decir sobre la ciencia misma, resulta la definición de la filosofía que buscamos. Es imprescindible que sea la ciencia teórica de los primeros principios y de las primeras causas, porque una de las causas es el bien, la razón final. Y que no es una ciencia práctica, lo prueba el ejemplo de los primeros que han filosofado. Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas fue, como lo es hoy, la admiración. Entre los objetos que admiraban y de que no podían darse razón, se aplicaron primero a los que estaban a su alcance; después, avanzando paso a paso, quisieron explicar los más grandes fenómenos; por ejemplo, las diversas fases de la luna, el curso del sol y de los astros, y, por último, la formación del universo. Ir en busca de una explicación y admirarse, es reconocer que se ignora. Y así, puede decirse, que el amigo de la ciencia lo es en cierta manera de los mitos, porque el asunto de los mitos es lo maravilloso. Por consiguiente, si los primeros filósofos filosofaron para librarse de la ignorancia, es evidente que se consagraron a la ciencia para saber, y no por miras de utilidad. El hecho mismo lo prueba, puesto que casi todas las artes que tienen relación con las necesidades, con el bienestar y con los placeres de la vida, eran ya conocidas cuando se comenzaron las indagaciones y las explicaciones de este género. Es por tanto evidente, que ningún interés extraño nos mueve a hacer el estudio de la filosofía.

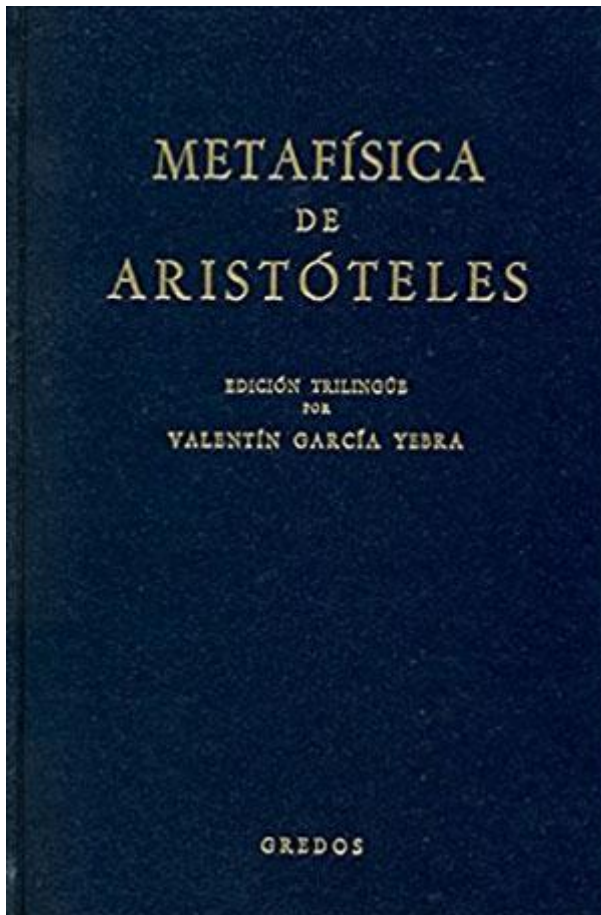
Así como llamamos hombre libre al que se pertenece a sí mismo y no tiene dueño, en igual forma esta ciencia es la única entre todas las ciencias que puede llevar el nombre de libre. Sólo ella efectivamente depende de sí misma. Y así con razón debe mirarse como cosa sobrehumana la posesión de esta ciencia. Porque la naturaleza del hombre es esclava en tantos respectos, que sólo Dios, hablando como Simónides, debería disfrutar de este precioso privilegio. Sin embargo, es indigno del hombre no ir en busca de una ciencia a que puede aspirar. Si los poetas tienen razón diciendo que la divinidad es capaz de

envidia, con ocasión de la filosofía podría aparecer principalmente esta envidia, y todos los que se elevan por el pensamiento deberían ser desgraciados. Pero no es posible que la divinidad sea envidiosa, y los poetas, como dice el proverbio, mienten muchas veces.

Por último; no hay ciencia más digna de estimación que ésta; porque debe estimarse más la más divina, y ésta lo es en un doble concepto. En efecto, una ciencia que es principalmente patrimonio de Dios, y que trata de las cosas divinas, es divina entre todas las ciencias. Pues bien, sólo la filosofía tiene este doble carácter. Dios pasa por ser la causa y el principio de todas las cosas, y Dios sólo, o principalmente al menos, puede poseer una ciencia semejante. Todas las demás ciencias tienen, es cierto, más relación con nuestras necesidades que la filosofía, pero ninguna la supera.

El fin que nos proponemos en nuestra empresa, debe ser una admiración contraria, si puedo decirlo así, a la que provocan las primeras indagaciones en toda ciencia. En efecto, las ciencias, como ya hemos observado, tienen siempre su origen en la admiración o asombro que inspira el estado de las cosas; como, por ejemplo, por lo que hace a las maravillas que de suyo se presentan a nuestros ojos, el asombro que inspiran las revoluciones del Sol o lo inconmensurable de la relación del diámetro con la circunferencia a los que no han examinado aún la causa. Es cosa que sorprende a todos que una cantidad no pueda ser medida ni aun por una medida pequeñísima. Pues bien, nosotros necesitamos participar de una admiración contraria: lo mejor está al fin, como dice el proverbio. A este mejor, en los objetos de que se trata, se llega por el conocimiento, porque nada causaría más asombro a un geómetra que el ver que la relación del diámetro con la circunferencia se hacía conmensurable.

Ya hemos dicho cuál es la naturaleza de la ciencia que investigamos, el fin de nuestro estudio y de todo este tratado.



## **INTRODUCCIÓN**

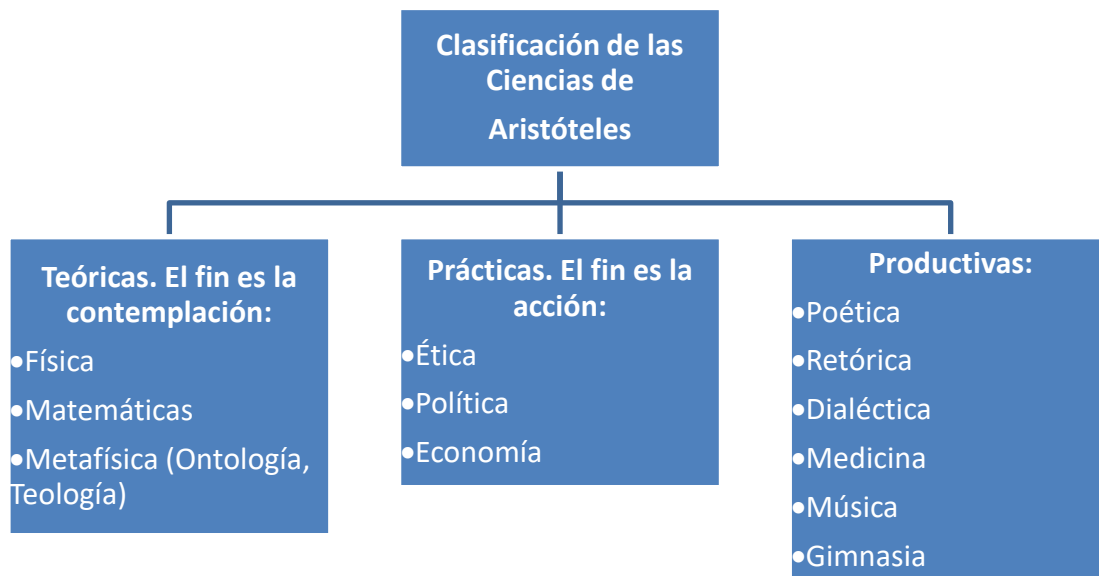
Entre las cuestiones fundamentales de la metafísica aristotélica, se encuentran la exposición de los primeros principios de la realidad y del conocimiento, la clasificación de los conocimientos en relación con su objeto, los sentidos del ser, la teoría de la sustancia (a la que ya hemos hecho referencia) y la existencia de un primer motor inmóvil, acto puro o Dios.

Aristóteles denomina filosofía primera a la reflexión que se ocupa de tales cuestiones fundamentales, a diferencia de otros saberes sobre ámbitos particulares de lo real (a los que denomina filosofías segundas).

La metafísica es un saber de la totalidad, que busca la raíz de las cosas y su fundamento último.

El nombre de metafísica se debe a una casualidad, relacionada con el orden de colocación o catalogación de los libros de Aristóteles, pero cuya denomina-

ción coincidió con el contenido de los mismos. Aristóteles clasificó las ciencias (Metafísica, 1025 b, 25) en teóricas (buscan el saber por sí mismo), prácticas (analizan las formas de actuación humana; principalmente, ética y política) y productivas o técnicas (estudian la producción de objetos, incluyendo la creación de imágenes bellas y discursos).



Cuando Andrónico de Rodas (siglo I a. de C.) recogió los escritos aristotélicos, se encontró con una serie de libros que no encajaba en la clasificación conocida. En efecto, estos libros no pertenecían a la Física; por el contrario, superaban dicha ciencia en su enfoque y contenidos. Al ordenarlos, le pareció que debían colocarse después de los libros que trataban sobre la naturaleza y los rotuló así: los que vienen detrás (metá: más allá) de los libros físicos (ta physiká: de la naturaleza). Por eso se empezaron a denominar metafísica.

Esta azarosa clasificación resultó efectiva porque el saber contenido en tales libros pretendía profundizar más allá de la realidad física, llegando a lo “transfísico” (lo que hay de común en las cosas naturales) e incluso superándolo (hasta alcanzar la idea de Dios). Constituyen, pues, la filosofía primera (de la que dependen las filosofías segundas o ciencias), según los términos empleados por Aristóteles.



La Metafísica consta de catorce libros numerados con las letras del alfabeto griego, comenzando por el libro alfa. En el primer libro Aristóteles elaboró una breve historia de la filosofía, en la que resume el desarrollo del pensamiento anterior a él y critica la teoría de las ideas de Platón. A lo largo de la obra, Aristóteles aborda el análisis de las causas y de los primeros principios, de la sustancia y del primer motor o Dios, las nociones de tiempo y espacio, etc. Como ya hemos comprobado al tratar los aspectos fundamentales de la filosofía de la naturaleza, tales cuestiones están presentes, casi siempre de un modo implícito, en las investigaciones particulares (de cada una de las ciencias o “filosofías segundas”).

Éste es, pues, el contenido de la metafísica: una “ciencia buscada”, según la expresión aristotélica.

Aristóteles considera que la metafísica es la ciencia superior, la más noble, porque las demás se relacionan con aspectos productivos, prácticos o parciales (en el caso de las otras ciencias teóricas) en los que agotan su valor. La metafísica, en cambio, vale por sí misma y su fundamento es la necesidad de saber y conocer la verdad. Por eso “es la única ciencia libre” y “la más digna de estima”. Y concluye: “todas las demás ciencias serán más necesarias que ella, pero ninguna es mejor” (Metafísica, 983 a).

La Metafísica es la ciencia de los primeros principios ontológicos (del ser) y de las primeras causas explicativas de la realidad. En el Libro IV, Aristóteles la define como el estudio de “lo que es en tanto que es” (Met., 1003 a 19) o del ente en cuanto ente. Se trata del carácter de ser de toda realidad, de lo común a todo. Ningún ente, en cuanto que “es”, queda fuera de la metafísica. Por eso es la primera de las ciencias, la filosofía primera.

El carácter ontológico de la metafísica puede resumirse en los siguientes puntos:

- La metafísica no es una disciplina particular u “óptica” (dedicada al estudio de un ámbito particular de la realidad, como lo serían la física, la biología o la historia), sino una investigación fundamental u “ontológica”, destinada a la comprensión de los primeros principios y causas de todo cuanto es, es decir, del “ente en cuanto ente”. Esta diferencia entre lo óptico (relativo a un con-

junto de entes, pero no a la realidad en su conjunto) y lo ontológico (relativo a todo cuanto “es”) resulta fundamental para comprender el alcance de la metafísica, aunque dichos términos no aparezcan como tales en los escritos de Aristóteles.

- Los conceptos y principios fundamentales de la metafísica abarcan cualquier otro principio particular. El denominado principio de no contradicción, tal como lo formula Aristóteles, es un primer principio del que dependen todos los demás y que, por lo tanto, condiciona en sentido ontológico (en el orden del ser) y epistemológico (en el orden del conocer) cualquier proposición científica: “una cosa no puede ser y no ser a la vez y en el mismo sentido”; o bien: “una cosa no puede ser afirmada y negada a la vez y en el mismo sentido”.
- Lo ontológico (relativo al ser) condiciona lo epistemológico (relativo al conocer) y lo lingüístico (relativo a las proposiciones mediante las cuales se expresa el “ser” de lo conocido).

Por otra parte, cabe distinguir en la metafísica de Aristóteles lo ontológico (el estudio de los primeros principios y causas) y lo teológico. El filósofo se refiere a Dios (“objeto” de la teología) como acto puro y primer motor inmóvil. Tomando en consideración lo expuesto en epígrafes anteriores sobre el movimiento (definido como tránsito de la potencia al acto), hay que decir lo siguiente:

- Dios es acto puro. Esto significa que no hay en él ninguna potencia que deba ser actualizada, pues haría de Dios un ser imperfecto. Aristóteles define a Dios como “pensamiento que se piensa a sí mismo”.
- De acuerdo con la cosmología aristotélica, Dios mueve el mundo sin ser movido, como un primer motor inmóvil (argumento que, en el siglo XIII, recuperará Santo Tomás de Aquino) que pone en funcionamiento un conjunto de esferas concéntricas, alrededor de un punto estático, la Tierra. Aristóteles compara el movimiento de las esferas y del mundo en general con el amor: así como el enamorado se dirige hacia el objeto de su deseo, aunque no lo alcance jamás, así también Dios mueve el mundo sin que resulte afectado por él.

## ENLACES



Proyecto Bachillerato  
Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia

Expediciones científicas **Filosofía** Física y química Ciencias naturales Matemáticas

Buscar en todo el sitio web.

Inicio / **Filosofía** / Aristóteles / La Física de Aristóteles (I): Naturaleza, principios y causas

### La Física de Aristóteles (I): Naturaleza, principios y causas

La obra de Aristóteles conocida como "Física" es un conjunto de ocho libros, escritos en distintos momentos de su vida, cuyo tema principal es el movimiento de los seres naturales. Se cree que escribió los cuatro primeros, a los que llamó "Acerca del movimiento", cuando todavía estaba ligado a la Academia de Platón, mientras que los cuatro últimos son más tardíos. Dos siglos y medio después de la muerte de su autor, Andrónico de Rodas editó juntos los ocho libros bajo ese nombre.

#### Libro I: la Naturaleza y sus principios

Para Aristóteles la *Physis*, que traducimos como Naturaleza, es el conjunto de todo lo que existe, tanto los seres celestes como los terrestres. La característica fundamental de los seres físicos es su movimiento, bien sea los cambios que son resultado de su desarrollo interno o bien su desplazamiento en el espacio. La ciencia física ha de abarcar los principios originarios de los seres naturales y de los sucesos, así como sus causas inmediatas. Es un camino que se remonta desde

La relación entre Biología y Metafísica  
Zoología, Psicología y Metafísica  
La Física de Aristóteles (I): Naturaleza, principios y causas  
La Física de Aristóteles (II): El movimiento y lo ilimitado  
La Física de Aristóteles (III): El Lugar  
La Física de Aristóteles (IV):

[\*Aristóteles, Metafísica\*](#)

[http://filosofiamaterialesyrecursos.es/14\\_Historia\\_de\\_la\\_Filosofia\\_Aristoteles.html](http://filosofiamaterialesyrecursos.es/14_Historia_de_la_Filosofia_Aristoteles.html)

<https://www.webdianoia.com/aristoteles/aristoteles.htm>

<http://www.philosophica.info/voces/aristoteles/Aristoteles.html>

<https://youtu.be/PM0V9IuYDj8>